

Es ésta, por tanto, una novela cuya importancia mayor, entre otros méritos, reside en no conceder crédito a la provisionalidad del tiempo presente. Su apuesta es más alta y también más peligrosa, pues obliga al lector a hurgar en su memoria y a remover las certidumbres y a desoír los cantos de sirena de la sociedad del bienestar. *Una mirada oblicua* es, por todo ello, una novela necesaria. Y esta es, sin duda, la razón por la que debe ser leída.

Francisco Solano

De la misión del crítico y de la crítica*

«**L**a letra y el espíritu» y «Literatura y sociedad» son los dos rótulos que el profesor Antonio Vilanova eligió para llevar a cabo la crítica literaria desde las páginas del semanario barcelonés *Destino*. El arte de entender antes de juzgar que Vilanova practicó en *Destino* se extiende desde 1950 a 1967. Cientos de artículos avalan una preocupación inteligente, unas síntesis siempre realizadas desde una estricta justicia y unos juicios atinados y certeros, que convirtieron a su autor en el crítico

literario de mayor modernidad de ese preciso momento histórico. Me referiré, brevísimamente, a dos ejemplos para probar, desde el rigor implacable de la historicidad de la historia de la literatura, esta afirmación.

Corría el verano de 1950 y Vilanova da cuenta y razón del recién aparecido *Ángel fieramente humano* de Blas de Otero. En pocas líneas apunta la ansiedad de las influencias del joven Otero: Fray Luis, San Juan y Quevedo; Unamuno y Antonio Machado, sin olvidar el virtuosismo gongorino de Rafael Alberti. A renglón seguido su fino olfato crítico —como antes su sólida formación literaria— le permite descifrar la *intentio operis*, posteriormente analizada y glosada por la historia de la literatura, pero sin añadir un ápice de significado a lo escrito en el ejemplar de *Destino* del 8 de julio de 1950:

El ímpetu agónico, la torturada congoja que exhalan sus versos, revelan desde un principio la primordial obsesión que atenaza el alma del poeta. La desgarrada imprecación, la dolorida queja que brota de sus labios como una densa marea ensangrentada, se adereza de manera casi exclusiva hacia el problema de la soledad del hombre y del abandono de Dios.

Tal era y es la temática esencial de *Ángel fieramente humano* como radicalmente afirmaba el primer poema del libro, «Lo eterno». Hay angustia existencial y hay también esperanza salvadora, incluso con la postulación de un ancla, de un amarre, de un arraigo. Vilanova vislumbró ese resquicio de la luz que asoma en el desolador y angustioso pesimismo del libro. Posteriormente la mejor crítica e historia literarias lo analizaron detenidamente, insistiendo en lo apuntado por la clarividencia de Vilanova. Por su parte, la crítica y la historia literarias menos rigurosas se dedicaron a tergiversar el sentido del espléndido libro de Blas de Otero, que debía aparecer como un poeta social y socialista sin fisuras, amparándose —permítaseme la ironía— seguramente en las notabilísimas doctrinas literarias del ilustre crítico e historiador José Stalin.

Corre ahora, en este segundo botón de muestra, la canícula de 1951. Año en el que Vilanova ha abordado, entre otras obras, *El camino* de Miguel Delibes, *La col-*

* Antonio Vilanova, *Novela y Sociedad en la España de la posguerra*, Barcelona, Editorial Lumen (Colección «Palabra Crítica»), 1995. 450 pp.

mena de Camilo José Cela, *La vida nueva de Pedrito de Andía* de Rafael Sánchez Mazas y *Las últimas horas* de Suárez Carreño. Año en el que «La letra y el espíritu» ha versado sobre André Gide y André Malraux, Thomas Mann y T.S. Eliot, Dámaso Alonso y Vicente Aleixandre, Carles Riba y Miguel Hernández. Únicamente quiero detenerme en una reseña publicada el 4 de agosto de 1951. Se trata de una lectura impecable de *Animal de fondo* de Juan Ramón Jiménez.

La crítica que suscitó el bellissimo libro que había visto la luz en la Editorial Pleamar de Buenos Aires en 1949 fue pobre, pacata y, si me lo permiten, miserable. Miserias que aún habrían de alcanzar a una celeberrima antología de la poesía española de la postguerra en la que el celebrado antólogo reconocía, (¡menos mal!), en el prólogo, «la importancia histórica de Juan Ramón Jiménez, que no sabríamos negarle», según dice literalmente. La distorsión y el dislocamiento del significado del libro fue el uniforme lugar de la crítica de la órbita conservadora y católica. El silencio o la negativa a entender el propósito juanramoniano fue el denominador común de la crítica de sectores más progresistas. El horizonte de expectativas para un historiador actual de la lírica española de ese momento no ofrece dudas en lo que a la crítica y a los críticos se refiere: falta de agudeza, rotunda incompreensión y notoria e injustificable injusticia ante uno de los libros máximos del andaluz universal. Y todo ello porque, lejos de aplicar la regla de oro de todo oficio crítico que el profesor Vilanova habría de definir, inspirándose en Ortega, en las páginas de *Destino* (6-X-1956), según la cual,

es preciso, ante todo, desentrañar el propósito que movió al autor al escribirla, la idea en que se inspiró, la tesis que pretendió defender, y la concepción del hombre, del mundo y de la vida que quiso reflejar en sus páginas. Sin este conocimiento previo, conocimiento que se logra mediante una operación puramente intelectual, reduciendo a síntesis lo que ha descubierto la disección y el análisis, es de todo punto imposible aquilatar con estricta justicia el valor y la trascendencia de una obra (p. 25),

se empeñaron, aquellos críticos, en ajustar o desajustar la poética y el pensamiento juanramonianos a su universo de valores, a menudo (tomo licencia para citar a don Miguel de Unamuno), «de una pequeñez abrumadora».

Antonio Vilanova estuvo donde solía, fiel al magisterio orteguiano, adaptó los ojos del lector a la intención del

autor, dando con la clave del panteísmo poético de Juan Ramón Jiménez:

Este concepto de la divinidad como una conciencia única, justa y universal de la belleza, no surge de una creencia sobrenatural y trascendente, sino de una religión inmanente que convierte la conciencia individual del poeta en eje y centro del mundo (p. 24).

Vilanova, que habría de enjuiciar en varias ocasiones más la obra de Juan Ramón (quiero recordar aquí los cuatro estupendos artículos del otoño de 1956), no sólo recibió después el reconocimiento de la historia de la literatura por lo pertinente y ajustado de la interpretación de *Animal de fondo* en su tiempo, sino que en su día tuvo la gran suerte de ser reconocido con amabilidad y disciplina por el propio Juan Ramón, quien, no lo olvidemos, con intencionada vanidad se autonabraba como el mejor crítico de sí mismo. Juan Ramón le escribió una carta —22 de marzo de 1953— que empieza así:

Mi querido crítico y amigo:

Con retraso considerable recibo de amigos de Madrid números de *Destino*, ese *Destino* de Barcelona donde leo tantas cosas interesantes, y sobre todas ellas me ha conmovido el artículo de usted sobre mi *Animal de fondo* (que pronto le enviaré en nueva edición completa, treinta nuevos poemas que cierran ya el libro). Le agradecí a usted mucho ese artículo y también vi en otros alusiones a mí.

La crítica que usted escribe es la que a mí me gusta: honrada, sin pensar en el efecto que pueda causar al escritor criticado, y señalándole lo mejor y lo peor según su amplio criterio. Así me trato yo a mí mismo. Y así podemos los dos saludarnos con gusto: yo sin rubor ninguno por el elogio excesivo y usted sin preocupación por su ecuanimidad.

Debo señalar que el elogio de Juan Ramón tiene mayor mérito porque el profesor Vilanova no había pasado por alto en su comentario de *Animal de fondo* el excesivo religamiento del lenguaje poético juanramoniano a un conceptismo filosófico que desnaturalizaba la vibración lírica, íntima y humana del poema: «Es de lamentar —escribía Vilanova— que la expresión lírica de este nuevo deísmo poético juanramoniano adolezca, en la mayor parte de los poemas publicados, de un casuismo conceptista más bien que metafísico, que congela en su laberinto intelectual el auténtico temblor de la belleza».

De ese océano de reseñas y comentarios (algunos verdaderos ensayos) el profesor Vilanova ha reunido en el

libro recién aparecido una amplísima selección de la recepción crítica que su pluma ofreció a los lectores de *Destino* en torno a la narrativa de la postguerra: la cronología del libro va desde *La familia de Pascual Duarte* (1942) a *Últimas tardes con Teresa y Señas de identidad* (1966).

Aunque una parte muy numerosa de los artículos aquí recogidos aparecieron bajo el marbete de «La letra y el espíritu», Vilanova ha preferido en esta recopilación emplear el segundo rótulo de su sección «Literatura y sociedad», ciñéndose exclusivamente a las letras españolas y al género novela. Respetando, por ser rigurosamente pertinente, como veremos, el título empleado, quiero referirme lacónicamente a la impronta orteguiana de «La letra y el espíritu». Como el lector del presente libro tendrá oportunidad de comprobar al leer la auténtica poética de la crítica en que se constituye el artículo que el profesor Vilanova publicó en el número mil del semanario *Destino* (6-X-1956), «La misión de la crítica o el arte de entender antes de juzgar», el ademán crítico y el bistori analítico de Vilanova está hondamente influido por Ortega y especialmente por el Ortega de *El espectador*, aquel que en plena crisis de 1917 emplea un inequívoco y transparente paratexto aristotélico para iniciar la segunda andadura de *El espectador*: «Seamos con nuestras vidas como arqueros que tienen un blanco». Paralelamente, el joven profesor Vilanova que anda ultimando bajo la dirección de Dámaso Alonso, al inicio de la década de los 50, su tesis doctoral *Las fuentes y los temas del «Polifemo»* de Góngora, accede a las columnas de *Destino* de la mano de Ignacio Agustí para, en el aletargado ambiente de la primera postguerra, buscar el blanco de una crítica que, como método de conocimiento, sea capaz de «detectar el palpito inconfundible de emoción y de belleza que ha acompañado desde siempre la auténtica creación artística».

Fascinado por el genial pensador madrileño, el joven crítico barcelonés no duda en acopiar para su equipaje crítico dos meditaciones esenciales de Ortega. La primera la había formulado Ortega tanto en el artículo «Estética del tranvía» como en el magistral ensayo sobre don Pío Baroja, ambos contenidos en el primer tomo de *El espectador*. En ese artículo, Ortega afirma categórico:

Sí todo libro es primero una intención y luego una realización, en aquella midamos ésta. La obra misma nos revela a la par su norma y su pecado. Y el mayor absurdo fuera hacer a un autor metro de otro.

En el ensayo sobre Baroja, Ortega establece definitivamente el axioma que Vilanova citará explícitamente en el artículo antes mencionado de octubre del 56, y que es la principal directriz de su misión de crítico literario:

En este sentido, el que esto escribe ha adoptado como axioma fundamental de la crítica el siguiente precepto de Ortega en *El espectador*, al que ha procurado ser fiel toda su vida: «Todo escritor tiene derecho a que busquemos en su obra lo que en ella ha querido poner. Después que hemos descubierto esta su voluntad e intención, nos será lícito aplaudirla o denostarla. Pero no es lícito censurar a un autor porque no abriga las mismas intenciones estéticas que nosotros tenemos. Antes de juzgarlo tenemos que entenderlo». (p. 24).

La segunda meditación orteguiana, complemento indispensable de la primera, requiere para el crítico una inteligencia hospitalaria, que goce cuando a su puerta llame un extraño, «una idea o emoción con que no contábamos», dice Ortega. Frente a la inercia, el maestro de la generación del 14, reclama a un crítico que Vilanova acertó a definir con plena exactitud:

El crítico ha de ser, ante todo, un hombre de su tiempo, ha de tener como misión primordial interpretar y explicar las obras de su época, y hacernos comprender el arte del momento en que vive, que es también el nuestro, que a menudo valoramos a través de sus ojos, tal como ha sido juzgado por él (p. 25).

El sólido soporte orteguiano del quehacer crítico de Vilanova no podía por menos que manifestarse como gavilla que recogiese el haz de sus artículos hasta febrero de 1962. «La letra y el espíritu» es un rendimiento de pleitesía al orteguiano «Espíritu de la letra». Los dos sumandos nominales se repiten: la letra, el lenguaje, y el espíritu, la doctrina, «el vapor sutilísimo que exhalan los vinos y los licores», según una sugestiva acepción que conviene retener. La letra, la palabra, no encierra el significado de un texto, sino que desde ella se instaura un proceso espiritual (creo que el padre Feijoo lo llamó «tino mental») que va más allá del medio lingüístico, constituyéndose en el meollo de toda interpretación, que en el caso del profesor Vilanova, combina la tensión impetuosa en la raíz del propósito con la medida delicadísima en sus realizaciones, sean (y cito delibera-